

Capítulo 19

El estudio y la profesión de la Ciencia Política: una visión personal

Claudia ZILLA

Siempre envidié a los estudiantes de botánica, a quienes nadie pregunta si sueñan con convertirse en una planta. Y a los estudiantes de ciencias veterinarias, en quienes nadie deposita la esperanza de que alguna vez ladren mejor que los mismos perros... Como estudiante de Ciencia Política, sin embargo, pasé años teniendo que explicar fuera de la universidad que no era mi intención seguir luego una carrera política. Ahogué de este modo la ilusión de mis abuelos y muchos otros que veían en mi generación a las y los mejores gobernantes, no corruptos, del futuro. Mi vocación me condujo a una disciplina sobre la cual los legos confunden con frecuencia *sujeto y objeto de estudio*. Nuestros conciudadanos mayores suelen ver en la juventud la reserva moral de una sociedad, incubadora de los añorados políticos del mañana, desconociendo u olvidando así que —para parafrasear a Ralf Dahrendorf— las buenas intenciones no son garantía de buena política. No, no pretendo hacer política sino analizarla, repetía una y otra vez casi como un mantra. Y si las circunstancias me lo permitían, fundamentaba mi respuesta argumentando —como bien lo hizo Max Weber en su emblemático ensayo “El político y el científico”— que las cualidades necesarias para ser una buena politóloga no son las mismas que aquellas de las que requiere una buena política.

Como politóloga en formación tampoco estuve del todo “en mi elemento” dentro de la universidad en Argentina. ¡Y cómo estarlo, si la mayoría de mis docentes eran abogadas o historiadores! La propia identidad, también la científica o profesional, se constituye en gran parte a fuerza de modelos. Pero los que yo tenía al frente pertenecían en gran parte a disciplinas ajenas a la Ciencia Política, por lo que dirigían otro tipo de mirada al mundo social. Las abogadas y los abogados ponían el acento en la organización jurídica del Estado, sin duda relevante para la política, pero más allá del texto constitucional yo estaba interesada en lo que la Ciencia Política alemana denomina Constitución real: los poderes y el funcionamiento fácticos de un sistema político. Los historiadores y las historiadoras, por su parte, destacaban la singularidad de los hechos ocurridos, pues —como indicara Hans-George Gadamer— el conocimiento histórico no aspira a considerar los fenómenos concretos como casos de una regla general. Pero en mí palpitaba el deseo de comprender los *aspectos sistemáticos* de la política, de acceder a ese *campo medio* entre la individualidad accidental y el universalismo inexorable: esa tierra move-diza de las *tendencias y probabilidades*.

Eligiendo a esos (pocos) docentes politólogos y politólogas como guías del camino que yo quería recorrer, descubrí muy pronto que me mostraban una infinidad de senderos conceptuales, vías teóricas y atajos metodológicos. Buscando mi camino recto hacia la médula de la Ciencia Política, me encontré al principio de una ruta repleta de curvas con letreros y flechas que apuntaban en miles de direcciones posibles. ¡Cuál sentimiento de desorientación invadió mis primeros meses de estudio! Sólo la práctica forzosa en un campo plural terminó por desarrollar mi tolerancia hacia *la polisemia, la variedad teórica y la diversidad metodológica* que caracterizan la Ciencia Política. Poco después comprendí que no me volvería politóloga por trabajar con una escuela teórica determinada o aplicar una clase de método de investigación sino por dedicarme a un *tipo específico de problemas*. Y como los problemas en términos analítico-científicos no son materialidades preexistentes sino construcciones de un sujeto, entendí entonces que lo que le da el carácter propio a una disciplina es su *ángulo de observación*: la mirada politológica crea el objeto de estudio de la Ciencia Política.

El estudio de la Ciencia Política me otorgó conocimientos importantes y, con ellos, me arrancó algo fundamental: la ingenuidad de los ojos. Mi mirada actual hacia los fenómenos políticos ya no es la de antes... Toda mirada es una vista dirigida y no hay dirección sin criterios de posi-

ción. Mirar es ver con pre-supuestos —*pre-vios* al hallazgo—, pero sólo *supuestos*, pues deben ser factibles de corrección, según lo que se encuentre. Se podría decir que como politóloga aprendí a buscar, aprendí dónde buscar. El estudio de una ciencia nos entrena para un *tipo específico de preguntas*. En la Ciencia Política la seguridad que todo ser humano necesita no proviene de una teoría o de un método únicos sino de la convicción de estar planteándose las preguntas relevantes para la disciplina y de la esperanza de que —como dijera Cornelio Tácito— *sine ira et studio* una podrá acercarse a las respuestas correspondientes.

Los *cuestionamientos politológicamente relevantes* no son necesariamente las cuestiones que preocupan al político o a la ciudadana. Quienes nos dedicamos no a la política sino a la “ciencia de la política” estamos forzados a aproximarnos *selectivamente* a la empiria, de lo contrario la estaríamos reproduciendo en su ambigüedad y complejidad. Y esta selección se basa en procesos de cierta reducción y abstracción de la realidad, para reconstruirla luego —sólo parcialmente y con perspectiva— en un *contexto lógico y sistemático, no ya de opinión sino de argumentación*, como señala Dieter Nohlen. Así, quien haya perdido la inocencia política a cambio del rigor politológico quizá comparta la incomodidad que yo siento cuando familiares, amigos y taxistas —enterados de mi profesión— se empeñan por discutir conmigo tan interesante tema: ¡la política! Pues, si bien ella es “ese oscuro objeto de estudio” de unos pocos, es a su vez —y ante todo— el ámbito de vida (el *Lebenswelt*, como diría Jürgen Habermas) de toda persona que no esté confinada a la soledad en una isla desierta.

Si yo fuera una física experta en rayos láser no resultaría tan sencillo encontrar interlocutores dispuestos. Pero como científica de lo político, resulta incomprendible para muchos el desgano con el que respondo a preguntas como por quién voto, si me gusta el gobierno o si considero a un ministro malo. Y la siguiente decepción la genero cuando le comento a gente muy alejada de mi ámbito profesional a qué me dedico después de haber estudiado Ciencia Política: *Soy investigadora*. Las múltiples asociaciones que despierta esta labor son dignas no de un párrafo sino de un libro bien grueso. Las reacciones me han llevado a entender que algunos me imaginan equipada en horas de trabajo con un impermeable y una lupa al mejor estilo detectivesco de Sherlock Holmes. Otras me han preguntado si no tengo miedo: ¿miedo? Claro, por los riesgos que implica estar “esclareciendo casos” —criminales, se entiende—. Cuando hablo de investigaciones de campo me “ven” más bien con un chaleco lleno de bolsillos y una cámara de fotos colgando de mi cuello como una

corresponsal de guerra. O con un sombrero safari con mosquitero, un diminuto block de papel y un lápiz de madera, observando y tomando notas (¿sobre el comportamiento de los primates (políticos)?).

Por suerte, también doy clases en la universidad, de modo que si me siento cansada y/o presiento algún tipo de potencial creativo en mi contraparte, me limito a decir que soy docente de Ciencia Política. Pero como —aun amando la docencia— anhele que el mundo sepa que las y los que hemos estudiado Ciencia Política no estamos exclusivamente “condenados” a formar a nuevos estudiantes en la misma disciplina, son muchas las veces en que paso a explicar que como investigadora en la Ciencia Política me dedico a cinco actividades básicas: *observar, leer, pensar, escribir y hablar, es decir disertar o discutir, sobre fenómenos políticos*.

Sin duda que este es sólo uno de los muchos destinos ocupacionales posibles para quienes estudian Ciencia Política. Mi caso fue intuir, primero, que mi vocación no era la política sino la politología y descubrir, luego, que la investigación politológica no sólo me llena de satisfacción sino que en otras aplicaciones pensables de la disciplina sería yo, probablemente, menos competente. Y es el día de hoy, les puedo asegurar, a pesar de todo o, mejor dicho, justamente por todo esto que les cuento, que me siento feliz de no haber cursado la carrera de botánica, veterinaria o física sino la de Ciencia Política.